

Opinión

La Iglesia Evangélica frente al siglo XXI

Mario Vega

Pastor de Iglesia Elim El Salvador

e-mail: mariovega7@gmail.com

La misión de la Iglesia Evangélica en El Salvador ha sido una de las preocupaciones de las denominaciones serias que han reflexionado constantemente sobre su papel en medio de la sociedad. La Iglesia ha ido modelando su teología desde la experiencia de la vida, desde el ejercicio de su misión y en contacto con la realidad histórica.

No cabe duda que la Iglesia Evangélica desde su llegada a El Salvador, a finales del siglo XIX, asignó una preponderancia marcada a la evangelización en tanto que la acción social se mantuvo relegada a un segundo plano o a ninguno.

Posteriormente y en una toma de conciencia de su propia identidad y papel en la sociedad, comenzó a añadir a su labor evangelizadora la asistencia humanitaria en un rumbo ya definido hacia una misión que integra la justificación de los pecadores, y el deseo divino de justicia en las naciones y entre ellas.

En los albores del siglo XXI nos encontramos en El Salvador con elementos singulares en la historia del país, ante los cuales la Iglesia Evangélica se ve en la necesidad de adoptar una postura. Algunos de esos elementos son: Nunca hubo tantos salvadoreños viviendo en el país, nunca hubo tantos evangélicos, nunca había sido tan fácil viajar dentro del país; nunca las noticias se conocían con la rapidez de hoy, nunca hubo tanta conciencia de los problemas sociales y sus causas, nunca los salvadoreños habían sido tan libres de abrir o cerrar su cora-

zón a la búsqueda de Dios, nunca la aportación de cada uno a la construcción de un país diferente había sido tan necesaria como hoy.

Ante tales singularidades la Iglesia relee los evangelios. Cada lectura es nueva. El Espíritu de Jesús no ha muerto. Puede ayudarnos a descubrir de una forma nueva lo que quiere decir el evangelio hoy. Puede darnos una visión amplia de la Iglesia y su misión. La Iglesia no establece el reino futuro, pero lo anuncia, lo anticipa y lo espera en el presente.

El mensaje de salvación

Parte integral de la misión de la Iglesia es el anuncio de la redención sobre la base del sacrificio de Cristo. El hombre no puede alcanzar la salvación por méritos propios, sino, solamente por la gracia de Dios expresada en el mensaje evangelizador. Dios llama a los hombres a un arrepentimiento que les conduzca a experimentar la vida nueva que Jesús vino a ofrecernos. Esa vida no es una reforma en los hábitos o en la conducta externa; es algo que va mucho más allá hasta alcanzar las motivaciones, los valores y las aspiraciones.

El fin último del evangelio es que los hombres lleguen a alcanzar la semejanza con el Hijo de Dios, el cual, se encarnó y llegó a ser el hombre modelo para mostrar el ejemplo de lo que el ser humano debe ser. Por consiguiente, tanto más vive una persona el espíritu del cristianismo cuanto más crece en su imitación de Cristo.

La misión de la Iglesia no puede considerarse cumplida mientras no conduzca a los cristianos a una imitación de Jesús. La Iglesia no sólo es un instrumento para anunciar un mensaje, sino una comunidad que debe prefigurar en el presente la nueva humanidad en Cristo. Esto plantea desafíos serios sobre el cómo la Iglesia está cumpliendo su labor. Si se ha limitado a hacer proselitismo o si está haciendo discípulos de Cristo.

Al trivializar el mensaje del evangelio la Iglesia falla en cumplir su misión al convertir a las personas en individuos con una nueva entidad religiosa, pero dejando intactos las interioridades de su corazón. Este problema se ve agravado por el ministerio irresponsable de aquellos que no son capaces de vivir ni siquiera los elementos fundamentales de la moral cristiana, y mucho menos vivir a semejanza de Jesús. Dañada por tales dirigentes, la Iglesia y su mensaje se vuelven una caricatura que la convierten en objeto folclórico, risible y mínimamente valorada. Pero, a pesar de ello, la Iglesia ha seguido su camino creciendo no sólo numéricamente, sino también en conciencia de su responsabilidad y de su papel en un país con profundos problemas como es El Salvador.

De pródigos y de samaritanos

Por varias décadas la Iglesia enfatizó su misión evangelizadora. La misma ha sido bastante exitosa y prueba de ello es su crecimiento numérico. Pero, es necesario que la Iglesia pueda avanzar hacia una misión más integral, que no solamente se preocupe por las almas de los hombres, sino también por las condiciones en que esos hombres viven. Condiciones que muchas veces alcanzan niveles inhumanos y que son el resultado de pecados sociales que demandan una influencia transformadora de la Iglesia.

Existe hoy en día la tendencia de culpar solamente a la sociedad en general, o a una clase social en particular, por todos los males que aquejan a los salvadoreños. Se señalan los

pecados de las estructuras sociales y no se da el énfasis necesario al pecado que anida en el corazón de todo ser humano. Sin cerrar ingenuamente los ojos ante las estructuras pecaminosas, y mucho menos sin pretender justificarlas en nombre del evangelio, es necesario recordar las enseñanzas de Jesús quien afirmó que es dentro del corazón de los hombres de donde sale toda clase de mal. Y mientras el corazón humano no sea transformado por el poder del evangelio, siempre habrá estructuras que no dejarán de ser opresoras, aunque se presenten bajo diferentes nombres, se identifiquen con diferentes ideologías o se cobijen con diferentes banderas.

Jesús nunca vio al hombre divorciado de su entorno. Al mismo tiempo que habló de una acción evangelizadora para rescatar a las personas, también habló de una vivencia de la fe que incidiría en el ambiente en el cual las personas viven.

La parábola del hijo pródigo es uno de los pasajes evangélicos que expresan el amor del Padre por el hijo que se arrepiente de su vida de pecado para volver al hogar. La Iglesia Evangélica ha proclamado el espíritu de dicha parábola de manera bastante eficiente. Pero, existen otras enseñanzas de importancia semejante que han sido excluidas del mensaje y misión de la Iglesia.

La parábola del buen samaritano expresa cómo Jesús está interesado en que los cristianos se ocupen también de los pecados sociales. Sin importar si el hombre asaltado y herido de la parábola era o no creyente, Jesús afirmó que quien actuó como verdadero prójimo fue el hombre que lo auxilió. Por mucho que la parábola se trate de espiritualizar, siempre quedará indemne su enseñanza central que nos exhorta a hacer misericordia con el prójimo necesitado.

La misión de la Iglesia no se debe limitar a lograr la salvación de las almas, sino también a

salvar al hombre de las condiciones sociales a las cuales el pecado humano le ha conducido.

Desde hace varios años la Iglesia Evangélica ha comprendido esta verdad y en respuesta a la misma se han emprendido esfuerzos de carácter humanitario. Desde modestos esfuerzos de pequeñas iglesias locales hasta proyectos de mediana envergadura de organizaciones paraeclesiales que auxilian de manera bastante integral a millares de beneficiarios.

De humanitarismo a cambios estructurales

Es sabido que la acción humanitaria es un alivio a las situaciones infrahumanas en que viven muchos salvadoreños y, que únicamente toca las consecuencias y no las causas que las originan.

La misión de la Iglesia es glorificar a Dios haciéndose presente en la sociedad, identificándose con las gentes como lo hizo Jesús: anunciando la voluntad completa de Dios; viviendo en obediencia al evangelio, como sal de la tierra y luz del mundo; haciendo buenas obras, especialmente en beneficio de los más necesitados y recordando que una buena obra puede ser también la que hagamos para hacer la vida más humana, aquí y ahora, para la gloria de Dios.

Al tocar el tema de las causas de los pecados sociales inevitablemente se llega al tema de las estructuras. La misión de la Iglesia se encuentra con un nuevo desafío y es que las estructuras sociales solamente pueden ser modificadas por la acción política. El desafío es entonces encontrar la praxis correcta para tal acción política.

Si bien Jesús nunca denunció el problema de la esclavitud de su época, sus seguidores, en obediencia a su Palabra, terminaron con la esclavitud algunos siglos después. La puesta en práctica de la Palabra de Dios siempre conducirá a transformaciones sociales.

Mientras los cristianos poseen acuerdo total con el servicio social y la filantropía, no se muestran tan seguros en cuanto a la acción social que lleva implícito un compromiso político. Mucho de esa inseguridad se puede salvar al comprender la política en un sentido mucho más amplio que la política partidaria a la que estamos acostumbrados. La política partidaria es para los políticos que han obtenido la necesaria práctica y experiencia. Por la misma razón la Iglesia no debe mezclarse con política partidaria.

La excepción serían aquellos cristianos que a título personal han adquirido la experiencia y la capacidad para contribuir a cambios legislativos más acordes a la justicia de Dios. Pocas circunstancias son más penosas que la de aquellos cristianos que emiten opiniones sobre cuestiones políticas desde posiciones de ignorancia. Por otro lado, la mayoría de partidos políticos en el país representan una amenaza a la integridad de cualquier cristiano. A tal punto que lo más justo que un cristiano puede hacer, es nunca militar en algunos de ellos.

Un concepto más amplio de política se refiere a la vida en comunidad. Es la sociedad y el arte de vivir conjuntamente como seres humanos. En este sentido, todos estamos incluidos en la política, ya que Jesús nos dejó en un mundo secular.

Consecuentemente, la iglesia no debe cerrar sus ojos ante la realidad social en que vive, o hacerse la ilusión de que en nada le afecta lo que sucede en la escena política internacional; y que optará por un pietismo irresponsable, culpable y estéril frente a las angustias de la humanidad. Pero, por otro lado, no va a engrosar las filas de los que viven para el odio y la violencia; no se prestará al juego de los que quieren instrumentalizar la Iglesia al servicio de una ideología antihumana, cualquiera que ésta sea.

La Iglesia ha optado por la humanización del prójimo, no por su deshumanización. La Iglesia es partidaria de la vida, no de la muerte.

De la paz y no de la guerra. La Iglesia es heraldo del Reino, no del anti-reino. Está aquí para amar, no para odiar; no para ser servida, sino para servir.

En la medida que la Iglesia crece numéricamente le resulta más difícil mantener una actitud de indiferencia social. Por la misma razón, la Iglesia no debe vivir de espaldas al mundo. Abunda la Biblia en enseñanzas sobre la dignidad del ser humano; la libertad y la esclavitud; la justicia personal y social; la propiedad de los bienes materiales; la riqueza y la pobreza; el origen, naturaleza, propósito, beneficios y dignidad del trabajo; las relaciones laborales; la paz y la guerra; los deberes y privilegios de la familia; el origen y naturaleza del Estado; las atribuciones y limitaciones del poder civil; los deberes cívicos del cristiano; la filantropía; en fin, las relaciones humanas en familia, en la comunidad de fe, en el orden civil y en la escena internacional.

En la medida que la Iglesia encarna estas verdades de la Escritura, su papel se volverá mucho más responsable y activo en la presen-

tación de propuestas. Existe una vía diferente a la politiquería y a la crítica simple para solucionar los problemas humanos de El Salvador. Esa vía más segura es la fe sincera en Jesucristo y la vivencia de los valores de su reino.

La iglesia frente al siglo XXI

¿Es posible evangelizar mientras se hace la vista gorda a la difícil situación de los desempleados y de los que no tienen techo, de la juventud alienada, de la carencia de servicios básicos de salud y de las familias con un solo padre?, ¿Tiene el Dios del evangélico interés solamente en llevar gente al cielo y no en mejorar sus circunstancias en la tierra?, ¿No es una contradicción que desfigura a Dios y a su evangelio el ignorar los deshumanizantes males de la sociedad, mientras se predica la humanizante influencia de la salvación? Sin duda, éstas serán las preguntas alrededor de las cuales la Iglesia elaborará su teología y su praxis de cara al siglo XXI que ha irrumpido en El Salvador.